

Soñamos la ciudad, la construimos juntos

El proceso de urbanización es una de las tendencias más claras y relevantes de nuestro mundo. En la década actual hemos visto cómo, por primera vez en la historia de la humanidad, más personas viven en ciudades que en el mundo rural. En España, y desde hace tiempo, casi el 80% de la población se considera urbana. Para el año 2050, a nivel mundial, se calcula que la población urbana constituirá el 70% del total de los habitantes del globo. Esta dinámica puede parecer imparable, y quizá lo sea, al menos desde la perspectiva limitada que tenemos hoy. Pero eso no significa que estemos ante un proceso lineal, unilateralmente positivo o predeterminado¹; hay, sin duda, muchas ambigüedades en el proceso pero también suficiente margen de maniobra para modularlo.

El fenómeno urbano es complejo y multifactorial. Confluyen en él aspectos culturales de largo recorrido (por ejemplo, el modelo de consumo energético o el anonimato urbano) con otros más coyunturales pero muy agudos, como puedan ser el drama de los desahucios o la realidad de los refugiados urbanos, por mencionar solo dos. Hay cuestiones muy generalizadas, como es el mismo proceso de urbanización, y otras de índole mucho más local, como puede ser el nuevo escenario político municipal surgido en España tras las elecciones de mayo de 2015. Hay, además, muchos tipos

¹ En estas páginas nos vamos a centrar en la ciudad. Pero no por ello queremos minusvalorar la vida rural, con sus habitantes y sus problemáticas, tantas veces sometidas a la marginación y al olvido social.

de ciudades y muchas realidades urbanas, de modo que al hablar de “la ciudad” en realidad nos referimos a “las ciudades”.

Dedicamos, pues, las siguientes páginas a iluminar algunos elementos de la ciudad contemporánea, a abordar sus principales retos y a sugerir algunas vías de respuesta. Nuestro editorial se inscribe en un proyecto más amplio de los centros fe-cultura-justicia de la Compañía de Jesús en España, en el que abordaremos esta problemática de manera conjunta a lo largo de los próximos meses. No queremos quedarnos en lo meramente dado o en lo ya existente, sino que adoptamos una mirada esperanzada, creativa y utópica, sin caer en el utopismo romántico; optamos, más bien, por un compromiso realista y sostenido para mejorar la ciudad. De ahí el título que condensa estas reflexiones: *Soñamos la ciudad, la construimos juntos*.

La ciudad como hábitat

Comenzamos recordando que “la persona es lo primero”, como siempre ha afirmado la Iglesia. Esto quiere decir, en el caso que nos ocupa, centrarnos en la ciudad habitada y en los habitantes de la ciudad. Significa focalizar el tema desde la óptica de la vida. Supone apostar por la ecología humana de la vida cotidiana. Como ha subrayado el papa Francisco en su última encíclica, hablando precisamente del planeamiento urbano, lo más valioso es «la calidad de vida de las personas, su adaptación al ambiente, el encuentro y la ayuda mutua» (*Laudato Si'*, n. 150). El ser humano, a diferencia de otros animales, no tiene solo naturaleza sino también cultura; no solo instinto, sino educación; no solo tiene una guarida, sino que construye y habita un hogar. Por ello, y al menos en teoría, tanto la economía como la ecología se encargan de cuidar el *oikos*, la casa familiar, el hogar común. Así, la planificación urbana debería estar al servicio de los planes de vida de las personas.

Sin embargo, sabemos que, con frecuencia, la realidad es otra.

La ciudad habitada puede ser **vivida o malvivida**. Lo vemos muy claramente en los casos más hirientes y extremos: familias expulsadas de sus casas por no poder hacer frente a la hipoteca,

minorías étnicas empujadas a los márgenes del gueto o grupos excluidos sobreviviendo en poblados chabolistas. En cuanto a los desahucios, según datos del Consejo General del Poder Judicial, en el primer semestre del año 2015 se produjeron en España 37.608 desalojos por orden judicial. No siempre captamos con igual claridad la crudeza de otras situaciones más cotidianas y menos sangrantes: la soledad sufrida en medio de la masa anónima, el chabolismo vertical o las largas horas de traslados ineficientes, entre otras dinámicas que nos deshumanizan. Con frecuencia son procesos cotidianos e imperceptibles, pero en ocasiones adquieren tintes dramáticos. Por poner un dato: en España, el suicidio es la primera causa de muertes no naturales, por encima de los accidentes de tráfico. Estamos hablando de casi 4.000 personas al año, la mitad de las cuales son personas ancianas.

La ciudad como *urbs*

En los siguientes apartados asumimos las tres dimensiones de la ciudad que propone el geógrafo Horacio Capel, inspirado en la etimología de la palabra (*urbs, civitas, polis*). Nos referimos, pues, en este momento, a la urbe, a la ciudad en tanto que espacio construido, centrada sobre todo en la realidad física, la infraestructura y los elementos materiales. Conviene recordar, eso sí, que la urbanización no siempre responde al urbanismo que diseña y planifica, sino que muchas veces se adelanta al mismo. Ya en 1971, el papa Pablo VI recordaba que "la urbanización plantea al hombre difíciles problemas: ¿cómo frenar su crecimiento, regular su organización, suscitar el entusiasmo ciudadano por el bien de todos?". A continuación, denunciaba que

«en lugar de favorecer el encuentro fraternal y la ayuda mutua, la ciudad desarrolla las discriminaciones y también las indiferencias; se presta a nuevas formas de explotación y de dominio, de las que algunos, especulando con las necesidades de los demás, sacan ganancias inadmisibles. Detrás de las fachadas se esconden muchas miserias, ignoradas aun por los vecinos más cercanos» (*Octogesima Adveniens*, n. 10).

Muchas veces nos encontramos con **la ciudad segregada**. Por un lado, podemos decir que la ciudad es un espacio que limita con otros espacios; esto es, la ciudad se diferencia del campo, del espacio selvático, del simplemente productivo y del rural humanizado. El fenómeno del *urban sprawling*, la expansión o dispersión urbana de baja densidad, ha ido generando grandes conurbaciones que expanden el ambiente urbano a lo largo de kilómetros y kilómetros, sin solución de continuidad. Por otro lado, dentro de una misma ciudad también pueden existir espacios de separación y de exclusión (como también de convivencia fecunda y sana integración). El fenómeno de la desigualdad urbana no es exclusivo de las "megápolis" de los países del Sur, sino que también está muy cerca de nosotros: por ejemplo, un estudio de la Fundación de Estudios de Economía Aplicada (Fedea) indica que Madrid y Barcelona tienen un índice Gini de desigualdad superior a 0,50, cuando la media española, ya muy alta, se sitúa en el 0,36. La ciudad no puede ser pensada sin un buen modelo de relaciones entre periferias y centro, porque cabe construir murallas para segregar o puentes para comunicar; se puede impulsar desarrollo humano integral que cree comunidad o bien se pueden multiplicar los obstáculos para tal desarrollo. Un urbanismo al servicio del ser humano es esencial, desde nuestra perspectiva.

La ciudad como *civitas*

Junto al espacio físico, nos encontramos con el espacio humano. La *civitas* hace referencia a la comunidad que habita la ciudad, a la interacción ciudadana, a la participación cívica, al entramado relacional que se establece entre las personas que habitan la ciudad. Hablando de la precariedad de la ecología urbana de los pobres, el papa Francisco afirma:

«La sensación de asfixia producida por la aglomeración en residencias y espacios con alta densidad poblacional se contrarresta si se desarrollan relaciones humanas cercanas y cálidas, si se crean comunidades, si los límites del ambiente se compensan en el interior de cada persona, que se siente contenida por una red de comunión y de pertenencia. De ese modo, cualquier lugar deja de ser un infierno y se convierte en el contexto de una vida digna» (*Laudato Si'*, n. 148).

En ocasiones hay, como aquí se pone de manifiesto, una oposición entre las dinámicas excluyentes de especulación urbanística y las dinámicas que humanizan el tejido social. Barbarie o civilización, podríamos decir. Pero también puede darse una convergencia entre los procesos urbanísticos y los sociales.

De hecho, **la ciudad que humaniza**, en muchos lugares, ha sido escenario de propuestas, iniciativas y luchas de gran densidad y fuerza expresiva que están siendo capaces de transformar desde las bases la realidad urbana para que sea una verdadera comunidad, y no un mero conglomerado inerte de individuos aislados. Por supuesto, la ciudad tiene un elemento de libertad y de creatividad que permite superar los límites estrechos que se pueden dar en los pueblos. En todo caso, hay una especie de ecología cultural que va configurando y humanizando las ciudades: hablar de parques, bancos o portales significa hablar de conversación y encuentro, pero también puede suponer hablar de barreras arquitectónicas y dinámicas excluyentes. Y no solo hablamos de la dimensión interpersonal, sino también del aspecto asociativo y cívico. Quizá esto se dé especialmente en zonas empobrecidas de la tierra, tanto en los países del Sur como en ciertos barrios de las ciudades del Norte. Se produce una cierta co-inspiración entre diversos actores sociales, cívicos, multiétnicos, multirreligiosos, que desemboca en iniciativas variadas en el terreno cultural, asociativo, económico, educativo o medioambiental.

La ciudad como polis

Junto a todo lo dicho, hay que considerar la dimensión política de la ciudad; es decir, todo lo referido a los derechos ciudadanos y a los procesos de deliberación compartida para tomar decisiones. No es casualidad que la democracia griega naciese en la *polis*. La gestión de lo público se da en la ciudad (y, dentro de ella, en el ágora como lugar de deliberación y de toma de decisiones), por contraposición al ámbito privado que tiene lugar en la casa. El mercado es el lugar de intercambio de bienes por dinero, pero el ágora viene a ser el corazón de la *polis*. En términos de Hannah Arendt, lo específico de la condición humana no está en la labor

que ocurre en la casa ni en el trabajo que se relaciona con el mercado, sino precisamente en la acción discursiva y deliberativa que acontece en el ágora, en la *polis*.

La ciudad significa conversación y debe configurarse urbanísticamente como lugar de diálogo, de participación y de encuentro, todo ello desde una concepción pública y social de la ciudad como espacio para el encuentro plural. Por supuesto, lo político y lo administrativo tendrán un lugar importante, pero no deben sofocar lo que es el bien común: no podemos caer en el dualismo público-privado ni en la identificación de lo público con lo "administrado"; conviene recuperar la gestión de lo común, desde algunas claves como las que propone el procomún colaborativo. En realidad, pues, estamos ante **la ciudad que delibera y que discute**, pues la ciudad es el lugar del uso igualitario de la palabra libre. En este sentido, conviene estar muy atentos al nuevo municipalismo, que en nuestro país ha dado el salto a la política institucional, de manera muy clara tras las elecciones de mayo de 2015. Con las nuevas alcaldías de Madrid, Barcelona, Valencia o A Coruña, se abren nuevas oportunidades y retos interesantes, no exentos de ambigüedades y de errores. Quizá sea el momento de recuperar la experiencia de otras ciudades, como Vitoria-Gasteiz, que durante décadas han logrado un modelo social y sostenible, de carácter transversal y no partidista. No en vano esta ciudad obtuvo el Premio Capital Verde Europea en 2012.

La ciudad como pléroma (plenitud): la ciudad de todos

En la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, verdadero programa de su pontificado, el papa Francisco dedica unos luminosos párrafos a la pastoral urbana, que comienzan así:

«La nueva Jerusalén, la Ciudad santa (cf. Ap 21, 2-4), es el destino hacia donde peregrina toda la humanidad. Es llamativo que la revelación nos diga que la plenitud de la humanidad y de la historia se realiza en una ciudad. Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas» (*Evangelii Gaudium*, n. 71).

Esto supone, por supuesto, un reto muy importante para los cristianos del siglo XXI. Pero, al mismo tiempo, nos estimula a hacerlo con entusiasmo, creatividad y esperanza, ya que la promesa de Dios nos abre horizontes y permite situar los niveles anteriores (*hábitat, urbs, civitas, polis*) en el marco de plenitud que supone la Ciudad de Dios. Así, permite descubrir, más allá de lo técnico y de lo político, **la ciudad celebrada**. La fiesta urbana descarga tensiones, libera energías y anticipa formas de felicidad. Los cristianos, y los creyentes de otras religiones, han cuidado la expresividad dramática, simbólica y espacial de los espacios urbanos para la fiesta, también para la expresión que aproxima al misterio sagrado. Hoy, en contextos más secularizados, también aparecen nuevas ideas, innovadoras expresiones de arte y cauces novedosos de creatividad urbana. El papa Francisco constata que «una cultura inédita late y se elabora en la ciudad» (*Evangelii Gaudium*, n. 73), mientras que Pablo VI reconocía aquí una invitación: «Jamás en cualquier otra época había sido tan explícito el llamamiento a la imaginación social» (*Octogesima Adveniens*, n. 19).

Esto mismo introduce otro aspecto, el de **la ciudad acompañada**. La Iglesia tiene el reto de vivir creativamente la pastoral de las grandes ciudades, en medio de los anhelos y desgarros, de las oportunidades e injusticias que la habitan. Oponiéndose a la cultura del descarte y fomentando una cultura del encuentro, puede caminar paciente, humilde y esperanzadamente con sus conciudadanos. Por ello, al acabar este editorial, no podemos ni queremos olvidar nuestras raíces. Como revista cristiana, sabemos que nuestra religión nació en un contexto urbano. Fue el paso de la Galilea rural a las ciudades griegas romanizadas lo que permitió la irrupción de la novedad del cristianismo. Como revista jesuítica, también sabemos de los orígenes y de la preferencia urbana de la Compañía de Jesús, desde sus comienzos en el siglo XVI. Hay un dicho latino que recoge bien la novedad que supuso la espiritualidad ignaciana para la historia de la vida religiosa: *Bernardus valles, montes Benedictus amabat; oppida Franciscus, sed magnas Ignatius urbes* (“Bernardo amaba los valles, Benito los montes y Francisco las colinas; pero Ignacio prefería las grandes ciudades”).

Conclusión

La ciudad es el espacio en el que vivimos, nos movemos y existimos. Puede ser lugar de vida y de muerte. Como creyentes y como ciudadanos, tenemos la responsabilidad de ir en la dirección correcta. Lo cual supone poner en primer plano a las personas, especialmente a las más vulnerables; y al servicio de este bien común, todos los recursos urbanísticos, cívicos y políticos desde una visión integral. Teniendo en el horizonte una plenitud que quizá nunca alcancemos en esta ciudad, pero que sí nos estimula utópicamente. Estamos convencidos, como dice el papa Francisco, de que «vivir a fondo lo humano e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura, en cualquier ciudad, mejora al cristiano y fecunda la ciudad» (*Evangelii Gaudium*, n. 75). ■